

Domingo XXIV del Tiempo Ordinario (11-09-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, estamos en víspera de aquel día, hace 30 años, que nos llenó de una alegría impresionante porque un grupo de hermanos valerosos, creyentes, que supieron tener esperanza, con paciencia, con cariño y amor inconmensurable por nuestro país y por el Señor, pudieron salvarnos de una situación extrema que casi no podía resolverse.

Hoy día, el Señor, en el Evangelio de Lucas (15, 1-10), se muestra como un pastor, como una mujer y como un padre. Y aquí, en los tres casos, el pastor está buscando, la mujer está buscando, y el padre también está buscando a su hijo perdido. Y con la sabiduría de un pastor, de una mujer y de un padre, se encuentra al que está perdido y se le pone en su lugar, de acuerdo al pecado cometido, de acuerdo a la pérdida tenida, de acuerdo a la falta cometida; pero, sobre todo, cuando uno se pierde, necesita alguien que lo levante, alguien que lo encuentre, alguien que lo ponga en su lugar.

Dios siempre nos busca, siempre nos espera y siempre nos pone en nuestro lugar; para eso, para dejarnos encontrar por Dios, lo único que tenemos que hacer es dejarnos encontrar, reconocer nuestro límite, inclusive, casi no completamente, porque este hijo menor que se había escapado y había gastado todo, parece que tuviera, solamente, el interés de comer. Por eso, dice: “Cuánta comida había en mi casa y, por lo menos, tendría que comer la comida de los chanchos”.

Esa chispita pequeña es la que le hace volver, inclusive, con un cierto interés de una necesidad; pero el Padre no tiene en cuenta el que, inclusive, cierto interés nos persiga, porque lo que quiere es que regresemos a su amor y, por eso, lo está esperando, y cuando llega el hijo, lo corre a abrazar y

lo acoge, cosa muy difícil de comprender para el hermano mayor. Sin embargo, el hermano mayor también es querido y amado por el padre, y él le invita a que reconozca que hay motivos para alegrarse.

Hermanos y hermanas, la vida humana nos es presentada diariamente en los Evangelios; y, por eso, cuando los leemos, podemos encontrar, inmediatamente, una resonancia en nuestras vidas; mucho más en nuestro país, en donde todos andamos medio perdidos, pero el Señor nos está buscando y podemos volver si empezamos, por una pequeña chispita, a querer regresar a Él. Esa chispita esconde algo muy profundo, esconde que nosotros, también, hemos sido creados para amar, y el Señor sabe que esa chispita se enciende, inclusive, con motivos que pueden ser, inclusive, necesidades o intereses. Siempre detrás del interés existe el deseo de ser plenamente humano; y, por eso, colocó a su Hijo en la Cruz, porque ese es el lugar del Hijo, no porque el Señor quiera el sufrimiento ni ame el sufrimiento, sino porque, sufriendo la humanidad, ese lado más difícil y oscuro en el cual nos encontramos y ahí se coloca el Señor; como cuando el Papa Francisco nos recordó que, cuando la barca se hundía, el Señor estaba durmiendo en la popa por donde empieza a hundirse la barca. Siempre el Señor está en el fondo de nuestras heridas y ese es su lugar para repararlas con su amor.

Hermanos y hermanas, hoy día, se encuentra la madre de Jesús, la Sede de la Sabiduría, y su Hijo, Jesús, que fue entregado por la sabiduría del Padre a que pudiera radicar en nuestras heridas para poderlas reparar y caminar con nosotros y hacernos recapacitar. Todos los estertores de violencia de aquellos 30 años que han pasado, a veces, se empiezan a reproducir por épocas en nuestro país; y empiezan, también, los estertores de las desconfesiones mutuas, de las sospechas, de las agresiones (muchas de

ellas, con razón, porque estamos indignados de muchas cosas); sin embargo, para no caer en el extremo se necesita volver a la sabiduría de Dios, que es la que nuestros hermanos quisieron sentir y vivir en aquellos días tremendos; ésos 2 años en que los 86 valerosos hombres y mujeres de nuestro pueblo en el GEIN, se unieron para pensar un camino pacífico e inteligente, profundo y sabio; pacífico y con pleno respeto de todos los derechos humanos.

Ellos se guiaron por una finalidad noble: la paz del Perú. Por eso, hoy día, vamos a intentar superar eso que una persona me dijo esta semana, “un país enojado”, porque estamos muy enojados; pero tenemos que superar el enojo, porque si no lo superamos, no podemos tener paz. Esa paz no es una paz que desprecia la justicia, sino que, por el contrario, no la anula ni la desprecia, pero, también, es una justicia que no destruye a nadie, porque es la justicia de los sabios pacíficos que siguen el Espíritu del Señor.

Por esa razón, voy a terminar esta Homilía, pidiéndoles que todos podamos celebrar en adelante, a partir de mañana, que es 12 de septiembre, y, sin saberlo, el año pasado que nos reunimos aquí con nuestros hermanos del GEIN, es el día del Santísimo Nombre de María. Quizás, por eso, ellos se encomendaron, hace 30 años, en medio de todo el trabajo que tuvieron que hacer durante meses y meses, de seriedad, de investigación; se encomendaron a la Virgen de la Sabiduría, a María, que, cuyo Santísimo Nombre de Jesús, tiene una advocación que es la que tienen nuestros hermanos de la congregación de los Montfortianos: la Sede de la Sabiduría, la Virgen de la Sabiduría.

Entonces, vamos a instituir, de ahora en adelante, que el día 12 de septiembre, día de inicio de la pacificación de nuestro país de las manos del terrorismo, pueda venerarse al Santísimo Nombre de María como Virgen de la Sabiduría, para lo cual, le voy a pedir a uno de los cuatro nuevos

diáconos que ha leído el Evangelio, que lea el decreto de institución de la veneración especial a la Virgen de la Sabiduría, patrona de la sabiduría y de la paz en el Perú.